

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Carta abierta a los (e)lectores de Estados Unidos

Autor/es:
Montiel, Alejandro

Citar como:
Montiel, A. (2002). Carta abierta a los (e)lectores de Estados Unidos. La madriguera. (52):89-90.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/42107>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



CARTA ABIERTA A LOS (E)LECTORES DE ESTADOS UNIDOS

por Alejandro Montiel

La desdemocratización consentida

Casi todo el mundo, occidental y no occidental, se ha enterado ya de quién manda aquí: se admite universalmente que quien manda es EEUU.

No sé muy bien qué significa, dentro de una afirmación así, EEUU, pero pongamos que se trata de un país donde habita gente, aunque un 38% del territorio permanezca en estado salvaje.

Sabemos eso, pero lo que no se sabe, de momento, es qué diablos quiere hacer la derecha o la extrema derecha mundial enseñoreada en el poder *democráticamente* (léase: Bush, Sharon, Berlusconi, Aznar, y, de poco, Le Pen, etc.), ni cuál es el futuro posible de un capitalismo desatado, es decir, con plena desprotección de los débiles. Por lo que yo me pregunto si no habrá que pensar el pasado al revés. O sea, que lo que creímos firmemente que había pasado no ha pasado, que el relato que hemos heredado del mismo es falso (y, consecuentemente, los valores que comportaba); que nuestro relato de la *Historia* es erróneo, y que nos equivocamos, y que aún hoy nos estamos equivocando obstinadamente al interpretarlo.

Leo que al gran novelista Richard Ford, que no es un don nadie, le ha parecido de recibo lo de Afganistán. ¿Llevará razón? ¿Llevará razón, repito, Richard Ford? Yo tiendo a pensar que a nuestros líderes hay que escucharles, como mínimo.

¿Para qué vencer a Hitler y luego votar a Bush?

Porque si lo de Afganistán era necesario, y lo de Palestina es lógico —dado el terrorismo palestino que asola la Región—, es que no debió vencerse nunca a Hitler (ni afearle su conducta), y que nos equivocamos al suponer que su proyecto estaba mal. Quizás Hitler fuera un poco hiperalemán (y no hipernorteamericano, como hay que ser, hoy lo sabemos), pero es obvio que tenía una idea muy parecida a la vigente respecto a cómo debía ser el mundo y cómo gobernarlo. De hecho, Hitler, si hubiese podido echar a todos los judíos europeos a Palestina, seguramente los hubiese echado (se hubiese ahorrado gas y funcionarios), y aun hubiese colaborado con el Pueblo Elegido para que exterminase a la miserable gente que hubiera acampada por allá.

Era un proyecto, pues, el de Hitler, muy aproximado al nuestro, aunque su *solución final* tenga hoy otros vencedores y otros vencidos. No sé si fue visionario, premonitorio o avanzado a su tiempo. Pero lo que sí sé es que ha ganado

la batalla del futuro. Su causa era justísima o, por mejor decir, ajustadísima, justo la nuestra. Y entonces, ¿a santo de qué, me pregunto yo, se pusieron ustedes los norteamericanos, allá por los cuarenta, tan bordes con él? ¿Han olvidado ustedes esa alarmante secuencia de *The Best Year of Our Lives* (William Wyler, 1946) en la que un nazi norteamericano recrimina a los soldados recién llegados de Europa que *se hayan equivocado de bando*? Hoy, como aquel antipático personaje, también le beberían ustedes la baba a Hitler. Y debemos decirlo claro: no sólo si se presentase a las elecciones democráticas de EEUU, sino si se presentase a las elecciones democráticas del Mundo Occidental, o sea para Jefe de los Países Ricos, o algo así, barrería. Hitler barrería. No tiene hoy rival. Sus posibles contrincantes son unos chapuceros; nadie le haría sombra.

La política hegemónica actual no es ni siquiera neonazi porque nadie le llega a la suela del zapato al legítimo inventor de nuestra flamante política de extrema derecha: son todos meros imitadores *blandiblu*. Hitler no sólo fue un pionero arriscado que propuso adelantadamente que obtuviéramos lo que hoy tenemos, sino que fue un estadista con conciencia de su responsabilidad pública, cosa que no puede decirse de nuestros flojos gobernantes actuales. Porquer Hitler *quería* a su pueblo, más de lo que puedan querer al suyo Aznar, Bush o Berlusconi. A *populista* no le ganaba nadie. E hizo una política mejor que éstos, y mucho antes, en beneficio de los suyos.

Así que, señoras y señores estadounidenses que gobernáis cada una/o de vosotras/vosotros con vuestro voto el mundo; que otorgáis el poder a estos semihitleres de pacotilla que decretan matar a unos y no a otros; vosotras y vosotros que decidís, legítimamente, ¿democráticamente?, quiénes son los buenos y quiénes los malos; sé, por fin, por qué habéis votado al insignificante Bush. Lo sé. ¡Porque Hitler no se presentó a las elecciones!

Ahora bien, si queráis un líder de esa calaña, ¿por qué diablos arruinasteis la vida de Hitler y su profético programa para Europa y el mundo en el siglo pasado? ¡Habéroslo quedado, diantres! La verdad es que estáis hechos un lío. Que era alemán. Bueno, pues haberlo nacionalizado. (Y además ni siquiera era alemán, era austríaco, como Billy Wilder.) Mejor eso que destruir media Europa a bombazos, porque, de ese modo, además, no hubiera muerto ni siquiera un solo soldado norteamericano inútilmente.



Aquel verano de los dos Giuliani

El pasado verano de 2001 empezó con una publicidad escasa de un tal Giuliani, Carlo, que nos conmocionó a algunos en julio. A algunos sólo, porque sólo nos conmocionó a aquellos que quisimos enterarnos de que la policía de Berlusconi lo había matado infamemente. O, para ser más exacto, que un joven y aterrado policía italiano había matado, sin que le regañaran demasiado por ello ni sus colegas ni sus jefes (mucho más responsables que él del crimen), a un chaval de parecida edad. Ocurría esto en Génova. El Viejo Mundo. Y ya se sabe que en el Viejo Mundo pasan estas cosas.

El verano de 2001 concluyó cuando el alcalde de Nueva York, un tal Giuliani también, no sabía qué cifras dar, cierto insistente 11 de septiembre, del que todos ustedes se acordarán, sobre los muertos recientes habidos en la ciudad que gobernaba. Dos Giulianis. Uno para el olvido: un mero luchador contra la injusticia. Otro, para el recuerdo, según parece: el histórico alcalde que regía Nueva York cierto insistente 11 de septiembre.

Pero a mí me sigue gustando más aquel pobre Giuliani muerto que este afectado Giuliani vivo. Me sigue gustando más quien combatió con pasión la injusticia —y murió injustamente por ello— que el burócrata que cuenta sus muertos, como si no hubiera habido millares de muertos antes, ni esté habiendo muertos ahora, ni vaya a haber otros muertos que los suyos.

Así que, contra la propaganda de guerra que nos invade, seguiré gustándome también más el cine que me gusta, que no es el prepotente-espectacular de Hollywood (ni las abrumadoras televisiones que ha propiciado), sino el casi secreto de Manoel de Oliveira o de Abbas Kiarostami, o de Víctor Erice o de José Luis Guerín; todos ellos hijos —¿cómo no?— de un italiano que no se llamaba Giuliani, pero sí Rossetti.

Otro mercado audiovisual es posible

Da grima insistir en lo obvio: en todos los territorios de la realidad —económico, político, cultural, etc.— estamos ominosamente colonizados en España (y en Europa, y en Hispanoamérica, y en...) por el modelo hegemónico estadounidense. También en el caso de la cinematografía, como nadie ignora. Pero lo escandaloso del asunto es que, salvo cuatro pelagatos, casi todos consienten alegremente en ello, y a los partidos políticos con posibilidad de gobernar *democráticamente* esto les parece la mar de bien, e incluso *nos lo venden* como inevitable y feliz.

Ahora bien, quizás muchos electores estadounidense vivan ignorantes de la irritación que, tarde o temprano, un es-

tado de cosas manifiestamente injusto y falto de toda equidad acaba por provocar en el mundo. Así que a ellos me dirijo en esta carta, para contarles que algunos de nosotros (todavía muy pocos, y, por supuesto, no todos los que hacemos *La Madriguera*) creemos que, por ejemplo, gran parte de *su* cine que nos llega por aquí debería ser meramente de consumo interno, para ustedes, porque si les gusta a ustedes, los norteamericanos, nadie tiene nada que oponer a ello, naturalmente; pero que nos los metan a nosotros por los ojos eso sí que nos atañe. Ceemos, por lo tanto, que debería ser objeto de tajantes *medidas protectionistas en Europa para evitar que acaparase las carteleras* y, en general, el mercado audiovisual europeo. Es decir: preconizamos medidas drásticas a imitación de las que ustedes imponen, por ejemplo, en el caso del acero, y en casi todos lo demás.

El neoyorquino Woody Allen dijo: *La democracia es el mejor de los gobiernos posibles. El de mi país: tampoco está mal*. Lo mismo pasa en Europa, no se vayan ustedes a creer. Ello no obstante, si seguimos consintiendo masivamente en este proceso de inexorable *desdemocratización*, ya les digo: con Hitler estábamos igual.

Pues, personalmente, no tendría inconveniente en promover medidas políticas para *prohibir* (digo bien: *prohibir*) la importación del 90% del cine norteamericano que se exhibe en las salas de cine europeas, así como su difusión en nuestras televisiones públicas y privadas. Perdónenme ustedes, pero es fácil de comprender que mi interés en que *sus* empresas transnacionales se hagan de oro es escaso (¿qué gano yo con ello?), y en general *su* industria del ocio me resulta de una puerilidad inaguantable. Para más inri, esta colonización taponada ostensiblemente una miríada de iniciativas que podrían y deberían prosperar en nuestro suelo, y hace de nuestros ciudadanos espectadores tan ignorantes como ustedes del resto del cine que se rueda en el mundo, desde Cuba a Irán.

Un ruso de pareja ideología a la de dos famosos italonorteamericanos, Sacco y Vanzetti, escribió: *Es buscando lo imposible como el hombre ha logrado lo posible; y los que se limitaron a pedir lo posible no avanzaron jamás un solo paso*. Creo en la pertinencia aun hoy de las palabras del anarquista Mijail Bakunin, o sea que no se extrañen ustedes si un día (probablemente lejano, por desgracia) se desayunan con una noticia en primera página del *New York Times* que apunta en la dirección arriba indicada, y deban preguntarse: pero, ¿por qué no nos quieren los europeos? Mientras tanto, por favor, dejen de votar a presidentes que en tiempos menos aciagos que el nuestro serían juzgados *inmediatamente en tribunales internacionales como criminales de guerra*.